

SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, Francisco, LOZANO NAVARRO, Julián J., JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio (eds.), *Familias, élites y redes de poder cosmopolitas de la monarquía hispánica en la Edad Moderna*, Granada, Comares, 2016, 333 págs.

La obra *Familias, élites y redes de poder cosmopolitas de la monarquía hispánica en la Edad Moderna* editada por Francisco Sánchez-Montes González, Julián Lozano Navarro y Antonio Jiménez Estrella ofrece a la historia del poder un cuidado y acertado compendio de estudios dedicados a los procesos de movilidad, a las formas de relación con la Corona y a las estrategias de ascensión social de las élites (tanto de los linajes aristocráticos como de las familias burguesas o eclesiásticas) que articularon la Monarquía Hispánica entre los siglos XVI y XVIII.

En este volumen, grupos de individuos no necesariamente unidos por lazos de parentesco y situados en las altas esferas de la sociedad configuran redes de poder de talante cosmopolita. El título, que incluye expresiones como “redes de poder” y palabras como “familia” y “élite” (expuestas en plural, siempre más posibilista e incluso que el singular), es sumamente acertado y está en consonancia con la historiografía del poder actual. El concepto de familia que palpita en el libro es el de una célula viva de poder que se transforma al calor de las circunstancias, adaptándose y readaptándose a las situaciones y a los contextos con el fin de conservar su estatus en una sociedad fuertemente jerarquizada.

Un concepto foucaultiano de poder aparece como el eje central de este libro. Foucault analizó el poder como una fuerza que circulaba y funcionaba “en red”, una red en la que los individuos estaban conectados unos con otros y a través de los cuáles los poderes transitaban, siendo los sujetos efectos del poder a la vez constitutivos del mismo. Así, según el afamado filósofo francés, las relaciones de poder adoptaban forma reticular. Este último concepto de red es muy útil para explicar el funcionamiento de las relaciones sociales en la Edad Moderna, definidas por los vínculos de solidaridad y por la potencia grupal frente a las algo más tenues identidades individuales. Así, como demuestra esta obra, redes clientelares, diplomáticas, políticas, familiares, transnacionales y por supuesto cosmopolitas se entrecruzaron y complementaron a un tiempo en un mundo moderno que recientemente ha sido bautizado como el de la Primera Globalización. A continuación, describiré brevemente el contenido de los distintos capítulos que componen este libro.

En el primer capítulo, Francisco Andújar Castillo nos presenta la figura del arzobispo don Antonio Ibáñez de la Riva Herrera (1633-1692), un presidente del Consejo de Castilla dotado de un encomiable espíritu reformista, pues trató de racionalizar el sistema de gestión de las finanzas de la monarquía proponiendo un buen número de medidas para atajar las prácticas fraudulentas que afecta-

ban a la gestión de la Real Hacienda. En el programa de reformas de Ibáñez se contempló la reducción del gasto cortesano, el alivio de las cargas impositivas a los vasallos, la supresión de los millones o la recaudación fiscal por medio de la cobranza de deudas del patrimonio enajenado. Así mismo, don Antonio denunció a los jueces que defendían a los asentistas frente a los intereses de la Corona. Como demuestra Andújar Castillo, la recta actitud de este presidente no sólo se habría circunscrito a esos dos años al frente del Consejo de Castilla, sino que habría sido una constante en su previa carrera judicial, ya que durante el transcurso de la cual no habría realizado distinciones de tipo social a la hora de juzgar a los encausados. Abogado de la meritocracia, Ibáñez de la Riva se distinguió igualmente por tratar de hacer valer la justicia distributiva en la provisión de cargos.

Marina Camino Carrasco firma el segundo capítulo que se titula: “¿Inspiración de las musas o mandato del poder? Escribir la historia de la ciudad de Cádiz (1590-1690)”. En este ensayo, la autora realiza una cuidadosa exégesis de las historias de esta ciudad que patrocinaron los miembros de las élites locales en un intento de hacer valer su prestigio social en los siglos previos a la dieciochesca Edad de Oro gaditana. Agustín Horozco, Juan Bautista Suárez de Salazar, Fray Pedro de Abreu, Antonio Ramírez de Barrientos o Fray Jerónimo de la Concepción son los autores de estos relatos de ciudades que la autora juzga subjetivos y mediatizados por los contextos historiográficos y por las demandas socio-políticas de las oligarquías gaditanas de los siglos XVI y XVII. Como explica Camino Carrasco, no todas las obras tuvieron la misma difusión y recepción; factores múltiples se coadyuvieron en el éxito de unas y en el relativo fracaso de otras. Lo que resulta evidente, concluye la autora, es que todas estas historias urbanas tuvieron un papel muy relevante en la conformación de los prototipos de ciudades en la Edad Moderna.

Antonio J. Díaz Rodríguez estudia a los agentes de negocios que estuvieron al servicio de la Corona en la corte curial de Roma. Una tupida red de “procuradores técnicos” controlaron los canales a través de los cuales se gestionaron los asuntos relativos al patronato regio. La mayor parte de estos *hombres prácticos* fueron eclesiásticos seleccionados entre los vasallos del rey católico residentes en Roma. Al tener su residencia habitual en la ciudad pontificia, se les tenía por conocedores de los secretos de la burocracia de la Santa Sede, un requisito imprescindible para desempeñar las misiones que el monarca les pretendía encomendar. No debe sorprender que algunas de estas familias de agentes tuvieran origen converso y que extendieran su radio de acción a lugares tan distantes como Flandes o Portugal, pues la movilidad y la “extranjería” en el lugar de destino constituía en no pocas ocasiones una oportunidad para prosperar socialmente. Así, estos nuevos espacios de acción ofrecieron singulares vías de promoción para aquellas familias de origen dudoso. Díaz Rodríguez termina su capítulo presentado dos estudios de caso, la familia de los Du Blioul y la de

los Pinto, formadas ambas por individuos que hicieron un gran honor al ideal del *hombre práctico*.

Friedrich Edelmayer disecciona la red clientelar del rey Felipe II en el Sacro Imperio Romano Germánico. Tanto los miembros de la cancillería imperial como los consejeros imperiales actuaron como informantes del rey Católico tras el reparto de la herencia de Carlos V. Desde Bruselas, Fernando I se llevó a Viena a hombres que fueron muy fieles a su sobrino, entre ellos destacó el vicescanciller imperial Georg Sigmund Seld, el cual mantuvo una intensa correspondencia con Pfintzing, uno de los secretarios de Felipe II en Madrid. A través de Pfintzing, Seld hizo llegar a la corte española amplia información de la situación política del Imperio. El cardenal Granvela, en Bruselas, fue igualmente receptor de las misivas de este importante contacto de Felipe II en la corte imperial. Seld incluso llegó a negociar una paz entre la monarquía hispánica y el Imperio otomano. Otros agentes del monarca católico en tierras imperiales fueron Zasius, Weber y Leonhard de Harrach, a los dos primeros les fue asignada una cuantiosa pensión y al tercero, que fue mayordomo mayor y miembro del consejo Áulico, Felipe II le concedió nada más y nada menos que hábito de la Orden del Toisón de Oro. A juicio de Edelmayer, regalos, pensiones y pagos de gratificaciones sustentaron y alimentaron esta tupida red de agentes leales a la Monarquía Hispánica en el Sacro Imperio.

José María García Ríos expone en su capítulo los esfuerzos realizados por las élites bastetanas dieciochescas para ascender socialmente y llegar a formar parte del sistema polisindial de la monarquía. Entre las estrategias de estos grupos de poder estuvieron los estudios universitarios, los enlaces matrimoniales, el ejercicio de las armas, las compras de oficios, la fundación de mayorazgos o la obtención de hábitos de las órdenes militares. El autor presenta ejemplos de familias que hicieron uso de estas formas de promoción: la carrera de letras fue una opción muy usada, los estudios universitarios eran una excelente vía de promoción y una forma legitimada de ennoblecimiento, bien lo sabían los Guillén de Toledo. Otras familias nobles como los García Villanueva optaron sin embargo por la carrera militar. Los Collado prefirieron centrar sus esfuerzos en el acceso a la corregiduría previo paso por los puestos de alcalde mayor o auditor; alcanzar el cargo de corregidor permitía además el ascenso social de los familiares más allegados. Los Méndez Pardo siguieron la carrera eclesiástica porque pertenecer al cabildo eclesiástico siempre era una ventaja social. Y no hay que olvidar la concertación de matrimonios ventajosos fuera de Baza, bien en poblaciones cercanas a la urbe, bien en el ámbito regional o nacional. Los enlaces matrimoniales fueron una estupenda estrategia de promoción; en este ámbito, los matrimonios dobles fueron muy buscados. En definitiva, García Ríos presenta en su ensayo a todas aquellas élites locales de Baza que hicieron lo posible para ascender socialmente utilizando mecanismos diversos propios del mundo social del siglo XVIII, un mundo que se revelaba muy dinámico si

se activaban bien sus claves de movilidad, siendo una de las más importantes el dinero.

Rafael María Girón Pascual estudia al linaje transnacional e intergeneracional de los Maldonado, señores de Noalejo. El nacimiento de este señorío fue singular pues su fundadora fue una lavandera de la emperatriz Isabel, doña Mencía de Salcedo, a la que su regia señora le hizo entrega de cien fanegas “en los entredichos de Noalejo”. Posteriormente, doña Mencía compró la jurisdicción de la villa de Noalejo convirtiéndose así en señora de vasallos. Su heredero fue Diego Maldonado, con el cual no tenía ninguna relación de parentesco. Serían los descendientes de éste quienes se asentarían como dueños del señorío, eligiendo Granada como lugar de residencia. Según argumenta Girón Pascual, fue en la segunda mitad del siglo XVII cuando los miembros de esta familia comenzaron a moverse más allá de sus fronteras naturales: Juan Maldonado guerreó en Flandes y ejerció de gobernador y Capitán General de la isla de Cuba, donde se destacó en la industria azucarera; Diego Espejo Maldonado fue capitán de caballos en el Puerto de Santa María y alguacil mayor de la contratación de Sevilla para luego ser nombrado corregidor de la ciudad de México; Doña Teresa Gómez Dávila, señora de Noalejo y esposa del embajador don Baltasar de Fuenmayor siguió a su marido a Dinamarca, el Imperio y las Provincias Unidas; y doña María de la Esclavitud, ya en el siglo XIX, se casó con el VI conde de Fernán Núñez, lo que le permitió viajar por Portugal, Francia, el Imperio y Roma. Girón Pascual concluye señalando que la memoria del viaje de los antepasados sería transmitida de generación en generación a través de relatos de aprendizaje político.

María José de la Pascua Sánchez da a conocer la voz silenciada de la monja María de San José Salazar (1578-1603) en un contexto de fuerte crisis de la familia carmelita, caracterizado por la división del Carmelo y el cuestionamiento de la reforma de Santa Teresa de Jesús, de la que María de San José fue principal sucesora. Las memorias de esta última se ubican en este “escenario sagrado” de lucha religiosa. De carácter reivindicativo y no precisamente autojustificativo, los textos de esta carmelita recogen la memoria de los sufridos combates de las monjas del Carmelo en pos del sostenimiento de sus intereses ante las imposiciones silenciadoras masculinas y los ataques recibidos por la Inquisición. Dar testimonio de esta pugna femenina por la defensa de la reforma llevada a cabo por Santa Teresa de Jesús en el Carmelo fue una de las motivaciones de María de San José, pero no la única ya que la carmelita también reclamó el papel protagonista de la orden femenina y su capacidad de acción independiente frente a las ansias de control de los frailes. A juicio de esta aguerrida carmelita, la verdad debía imperar porque únicamente ella tenía autoridad para “dar testimonio de sí misma”. Finaliza De La Pascua Sánchez señalando que la obra de María de San José debe ser recuperada para entender tanto los conflictos de poder como los de género en los tiempos más turbulentos del Carmelo.

Mario Rizzo firma el undécimo capítulo titulado: “Nella stessa barca. L’elite lombarda e la strategia degli Austrias nel XVI secolo fra interessi convergenti e valori condivisi”. El autor comienza su ensayo realizando un exhaustivo repaso por los pensadores políticos del siglo XVI que influyeron de forma determinante en la aristocracia lombarda y europea: Baldassare di Castiglione, Niccolò Machiavelli, Tomasso Campanella y Jean Bodin; Shakespeare aparece igualmente en esta lista. Según Rizzo, todos estos teóricos compartieron la idea de la fuerte vinculación existente entre la armas, la nobleza y la conservación de los dominios. Seguidamente, el autor se centra en la pormenorización de los servicios militares prestados por la nobleza milanesa a los Habsburgo. El imaginario bélico potenciado por la Casa de Austria y el potencial simbólico de las armas preexistente en el Milanesado se aunaron para recolectar lealtades de las élites aristocráticas lombardas.

Juan José Iglesias Rodríguez estudia las redes familiares y las oligarquías dedicadas al comercio en Cádiz entre los siglos XVI y XVII. Las élites mercantiles gaditanas estaban formadas por grupos autóctonos y extranjeros, entre los cuales se encontraban mercaderes genoveses, florentinos, flamencos y británicos. Estas oligarquías se perpetuaron en las esferas de poder económico gaditanas gracias a las estrategias matrimoniales practicadas, basadas en la endogamia, aunque con ciertos límites, porque permitían la entrada de agentes nuevos en determinadas circunstancias y contextos. Los matrimonios entre familias mercantiles favorecieron la integración y el reforzamiento de alianzas comerciales, además permitieron a estas élites un férreo control patrimonial e incluso político cuando éstas coparon puestos municipales. Iglesias Rodríguez presenta a modo de ejemplo los estudios de caso de los Soprani y los Fantoni. Sin duda, el ascenso social de las familias gaditanas de mercaderes queda patente al comprobar cómo alguno de sus miembros llegó ocupar puestos cortesanos como el de gentilhomme de boca, alguacil mayor o menino.

Antonio Jiménez Estrella explica la relación entre una minoría: los moriscos, y una élite: los Mendoza, capitanes de generales de Granada con importantes contactos tanto en la Corte como en los municipios del reino. El papel de estos últimos fue el de mediadores entre esta minoría morisca y la Corona. La protección prestada por los Mendoza a la comunidad neoconversa es un tema crucial en la historia de la administración del reino de Granada en el siglo XVI. Frente a las duras medidas contra las costumbres moriscas dictadas desde la Corte, los Mendoza propusieron soluciones menos drásticas que no perturbaran la paz general del reino. Esta preocupación de los capitanes generales de Granada por esta minoría religiosa no fue sin embargo desinteresada: su buena relación con las élites moriscas les garantizaron la concesión de los servicios moriscos, los impuestos que esta comunidad tenía que pagar a pesar de su conversión. Los Mendoza supieron gestionar adecuadamente la presión fiscal ejercida sobre los moriscos y el destino de los servicios, que fueron orientados al mantenimiento

del ejército. Este “pacto fiscal” fue la clave en la relación entre los Mendoza y la comunidad-élite morisca: los capitanes generales respetaron las tradiciones de la minoría a cambio de la aceptación de nuevos tributos. Aunque no siempre se cumplieron los ideales de tolerancia propalados por los Mendoza, el sistema funcionó durante casi ochenta años. La ruptura traumática de ese pacto y la consecuente decadencia de los Mendoza se atribuye generalmente a la rebelión de los moriscos en 1568 aunque, según señala el autor, es muy probable que el resquebrajamiento de la relación se hubiera producido años antes, cuando el tercer capitán general quiso aprobar un nuevo y cuantioso servicio en 1562. En definitiva, Jiménez Estrella nos presenta a los Mendoza como verdaderos *brokers*, es decir, como mediadores entre patrón (el rey) y cliente (los moriscos) y que, por su mediación, obtuvieron beneficios de ambos; en este caso, la Corona aseguró a los Mendoza su posición en el reino de Granada y los altos linajes neoconvertos reforzaron el poder de esta familia en la misma dirección.

Julián Lozano Navarro describe al trayectoria política del príncipe y cardenal de Milán Teodoro Trivulzio (1597-1656). Perteneciente a un alto linaje milanés, viudo y con tres hijos, Trivulzio hizo pública su “vocación” religiosa que no todos comprendieron ni creyeron; sea como fuere, el caso es que este príncipe lombardo consiguió el capelo cardenalicio con relativa rapidez, en sólo cuatro años tras haber manifestado su deseo de entrar en religión y gracias a la ayuda de su pariente la emperatriz Eleonora Gonzaga y a una inteligente compra voluntades en Roma. Trivulzio, ya cardenal y a pesar de ser vasallo de Felipe IV, empezó a despertar las sospechas de la Corte de Madrid por su cercanía al papa Urbano VIII y a la familia Barberini. Poco a poco, por medio de mercedes y tras el golpe que recibió Trivulzio al no ser nombrado arzobispo de Milán por el Papa, el cardenal se fue integrando en la facción española en Roma. Inserto en ella, el cardenal milanés se destacó en el cónclave de 1644 donde fue elegido papa el candidato hispano, Inocencio X. En Roma, Trivulzio construyó una densa red de contactos con las familias Landi, Sforza, Grimaldi, Doria y Aldobrandini; su amistad con Olimpia Aldobrandini le permitió articular estas conexiones con linajes prohispanos, lo que según Lozano Navarro le reportó el puesto de embajador ordinario interino en Roma. El autor analiza esta embajada con la interesante documentación de la sección de Estado (Roma) del Archivo General de Simancas. La decadencia del pontífice, la lucha entre la princesa de Rossano (su fiel amiga) y Olimpia Maidalchini (cuñada del papa), las intrigas de los Barberini y los enfrentamientos en el seno de la familia Pamphilij, hicieron muy difícil la legación diplomática de este fascinante personaje.

En el siguiente capítulo: “Entre la aspiración y la realidad: las redes gallegas de poder en América en el siglo XVII” Ofelia Rey Castelao analiza la obra del primer cronista del reino de Galicia fray Felipe de La Gándara, uno de los principales valedores de aquellos linajes nobiliarios gallegos que aspiraban a ocupar puestos de poder en la Monarquía y en la Iglesia. El origen del descontento de

las oligarquías gallegas estuvo en la nula respuesta del rey a las sucesivas peticiones de beneficios y cargos eclesiásticos (a la que se sumó la demanda de una declaración de hidalguía universal), realizadas entre 1598 y 1642. El estallido de las guerras de Portugal y Cataluña en 1640 se presentó para la nobleza gallega como una oportunidad para satisfacer sus necesidades. Fue en este contexto bélico en el que Fray Felipe de la Gándara escribió *Armas y triunfos de los hijos de Galicia* (Madrid, 1662). Fray Felipe fue un autor convencido de que el trabajo de escribir historia debía ser remunerado y con este espíritu construyó todo un relato alegórico y retórico de la historia de las familias aristocráticas de Galicia desde la Edad Media hasta el siglo XVII, ocultando las hazañas menos honrosas y resaltando las más virtuosas y heroicas. El discurso laudatorio de La Gándara sirvió a las redes familiares gallegas en sus particulares demandas, contribuyendo al mismo tiempo a la fama del propio fraile.

El capítulo de Francisco Sánchez-Montes González es el broche final al presente libro. En este trabajo, el autor analiza el viaje que realizó el rey Felipe IV a Andalucía junto a su valido el conde de Olivares en 1624. El desplazamiento hacia el sur de la regía comitiva (de la que formaba parte Quevedo) tuvo como fundamental objetivo convencer y presionar a las oligarquías locales de las principales ciudades andaluzas para aprobar el voto en Cortes. Olivares, en virtud de su programa reformista y de restauración de la reputación de la monarquía, había pedido mucho dinero a las ciudades en las Cortes; su respuesta había sido en principio afirmativa pero no había podido recibir el dinero prometido de manera inmediata debido al llamado «voto consultivo», que obligaba a los procuradores en cortes de Castilla consultar el voto a las oligarquías que representaban. Este importante obstáculo para la recaudación fiscal pretendida por Olivares fue uno de los principales incentivos para iniciar aquel viaje a tierras del sur. A lo largo de los 69 días que duró aquel recorrido por tierras andaluzas, Felipe IV visitó Sevilla donde la ciudad ofreció no poca resistencia a las demandas reales aunque finalmente, y como consecuencia de la astucia del conde de Olivares, el Concejo sancionó el voto de las Cortes. Cádiz fue el siguiente destino del monarca Católico y en esas tierras gaditanas el «rey de Andalucía», el duque de Medina Sidonia, desplegó ante él todo su poder. En Granada, Felipe IV tuvo que bregar con la fuerte oposición de la oligarquía granadina representada por don Mateo Lisón de Biedma; a pesar de los incontables esfuerzos de Olivares, el monarca sólo consiguió arrancar a los granadinos la exigua cantidad de 20000 ducados. Este viaje, desconocido hasta ahora por la historiografía, merece ser recuperado. Sánchez-Montes está plenamente dedicado a esta tarea.

En resumen, la lectura de este libro nos permite comprobar cómo las familias nobiliarias de la Edad Moderna utilizaron todas las estrategias políticas y sociales que tuvieron su disposición para autojustificarse y mantenerse dentro de la élite dirigente, escalar puestos de honor dentro de la misma o introducirse en las esferas de poder de la monarquía. Esto obligó a las élites a reinventarse

continuamente, por lo que hay que entender que éstas, como bien presenta este libro, no conformaron una casta inmóvil sino que por el contrario sufrieron cambios e incluso forzaron movimientos —no siempre previsibles— dentro de su grupo. El espíritu de lucha y la voluntad de cambiar con el fin de consolidar y reforzar sus posiciones se detecta en los capítulos centrados en familias que quisieron alcanzar el favor de la Corona. Igualmente, en estas páginas se exponen nexos clientelares de colaboración y lealtad entre el rey y élites gubernamentales, así como relaciones tensas entre el rey y oligarquías urbanas o entre miembros bien posicionados de la burocracia de la monarquía que trataron de realizar reformas dentro del sistema polisinodial al que pertenecían.

En definitiva, los historiadores interesados en el funcionamiento del poder en la Edad Moderna descubrirán en esta obra cómo oligarquías, familias nobles, élites políticas, militares y económicas, y personal de la alta administración de la Monarquía Hispánica formaron amplias redes, transitando y reafirmando en distintos espacios simbólicos y geográficos como Castilla, Andalucía, el Milanesado, Roma, el Imperio y América entre los siglos XVI y XVIII. Por tanto, la lectura de esta obra es muy recomendable para todos aquellos historiadores interesados en esa historia del poder que adopta un enfoque social, imprescindible —a mi entender— en toda historia política.

*Laura Oliván Santaliestra*